

La figura del escucha en Benjamín

Nicolás Casullo

La indudable divulgación y recurrencia a Walter Benjamín en el campo académico argentino docente e investigativo, y en el periodismo cultural, pueden servirnos de análisis crítico sobre el estado de las cosas: sobre esa complicada dimensión del pasado inmediato que late en la actualidad. Como escribía Friedrich Schlegel en 1797: “*siempre es lo más difícil, muchas veces imposible, deshacer el confuso tejido....apreciar correctamente el estadio actual de la cultura*”. (1)

Me refiero a las cuestiones sobre el carácter de la modernidad argentina, a partir de los debates que se dieron luego del fracaso de los proyectos políticos de liberación, de las tesis revolucionarias que lo alentaron y del genocidio del Estado de terror dictatorial, marco histórico de referencias nacionales que acogió más tarde, desde la década de los 80, lo que denominaré la dicha y desdicha del pensar benjaminiano en los ámbitos de la crítica intelectual y en los trabajos de varias disciplinas humanistas.

El encuentro de esta época argentina de tránsito democrático y memoria del terror con la obra del teórico berlinés de entreguerras, es un dato que se verificó en coloquios, encuentros y congresos nacionales e internacionales sobre Benjamin celebrados en Buenos Aires, en su múltiple presencia en los cuerpos bibliográficos de carreras universitarias, en los artículos, ensayos, dossiers y libros sobre dicho autor, en programas de televisión dedicados a su obra, en su frecuente aparición en suplementos y revistas culturales, y en la notable demanda de sus textos publicados en español. Si bien Walter Benjamín había sido editado en el país a principio de los años 60' y leído en ciertos núcleos filosófico-literarios, su escritura pasó escasamente percibida en el proceso político y cultural de aquellos años, a diferencia de esta nueva etapa que se disemina a lo largo del decenio de los 90' y pareciera convertirlo en un “clásico” de los trabajos de análisis cultural.

Benjamín y los estudios culturales

En mi intervención voy a plantear la figura del *escucha del pensar benjaminiano*, como una noción que buscará diferenciarse precisamente de este éxito evidente: diferenciarse de ciertas operatorias de sumar - de manera funcional y productivista - sus textos al campo de los llamados estudios culturales en la Argentina, espacio donde generalmente el concepto de cultura termina imposibilitado de repensar las propias operatorias académicas que lo dominan. Existe por lo tanto este Benjamín que es llevado a experiencias investigativas en una época que demasiado frecuentemente llama interdisciplina o concurrencia de diferentes universos discursivos del saber, a una escena de ámbitos de conocimientos ahuecados, ya sin adentro ni afuera, y donde cada supuesto punto de llegada es la verificación de los vaciamientos teórico-críticos acaecidos.

La repetida y casi mecánica inclusión de determinados trabajos de Walter Benjamín en el universo de estudios culturales - como multifascética área académica anglosajona instalada desde finales de los años 80 en la Argentina - conspiró contra lo que considero el aporte fundamental del pensamiento de Benjamín, que desde sus escritos de juventud hasta sus conclusiones en las distintas versiones de las “Tesis sobre el concepto de historia”, exponen la resistencia política de fondo de toda su obra a ser fijada, normalizada, serenada en términos de dispositivos y usos atemporales de análisis.

Tales estudios culturales desconsideraron la resistencia de la escritura de Benjamin a ser mediada por una operatoria disciplinante de autoridad: a ser inscripta en algún territorio “culturalista” desnaturalizando y desvirtuando de tal manera el medular afán crítico de Benjamín. Esto es, su crítica a la cultura como “objeto” de estudio desprendido de la propia historia de una escritura, de su propia escritura. Desprendido de la propia historia del nombrar, diría Benjamín. Desvinculado de la violencia crítica de esa palabra o sueño benjaminiano a contrapelo de las políticas del saber: porque es básicamente la difícil memoria (a punto de extinguirse) de lo nombrado en el texto - ese “secreto acuerdo”, ese “índice” entre generaciones pasadas y presentes - lo que fundamenta toda su escritura crítica.

Esta institucionalización o instrumentación del “aporte Benjamín”, llevó entonces a desconsiderar abiertamente la intención del propio autor en cuanto a vivir la experiencia de

una escritura siempre inconclusa como camino de fragmentos críticos. Escritura situada en la duermevela de un umbral absolutamente experimental, fragilizada por iluminaciones sin sistemáticas posteriores, por saltos ciegos, por senderos sin puntos de arribo, por brevedades casi cuentísticas, por pretextos para un texto oculto siempre sin título. Palabra benjaminiana de incuestionable rigor interpretativo, donde lo único decisivo es el relato hermenéutico sobre ciertas cosas más que la obediencia a un objetivo compartido por un ámbito académico de intereses comunes.

En este sentido podríamos hablar de una escritura teórica benjaminiana de riesgo, penosamente solitaria e incomprendida, inusualmente crítica de la crítica, que camina sobre el filo de desacuerdos de fondo y no de forma con respecto a lo imperante. Una escritura temeraria que evita reflexivamente los lugares del “bien”, las buenas intenciones, las distracciones con que se alimenta el alma política bella. Que evita o cuestiona frente a lo nocivo civilizatorio las programáticas de un progresismo ideológico de insoportable olor a santidad y ofertante de método, marco teórico y terminología adecuada. Desde este punto de vista el legado sustancial de Benjamín es su pensamiento interruptor, de paréntesis de esa secuencia: reflexión en principio, y siempre, de crítica implacable a toda arma examinadora que pretenda posesionarse de algo como explicación póstuma, como escuela, como armado estratégico o introducción para adeptos: como campo ocluser de lo postulado precisamente por Benjamín con sus errancias y alumbramientos. Es decir, como un campo de saberes que para Benjamín constituía la barbarie intelectual del siglo.

Precisamente, sus tesis sobre el concepto de historia confirman que sobre esto último estuvo discutiendo permanentemente: sobre la necesidad de un descentramiento político, imprescindible de llevar a cabo, contra las formas vencedoras que sucesivamente se adueñan de la historia intelectual de una época. En realidad Benjamín discute a lo largo de años esencialmente contra esa máscara metafórica que denomina el “*historiador*” - discute la escritura de la memoria del presente – máscara a través de la cual sitúa y cuestiona el papel de un supuesto pensamiento crítico de izquierda sobre el que también se sustenta la historia homogénea y vacía de la dominación. En el tardío preguntarse de esa figura sobre cómo es posible todavía un ocurrir nefasto de la historia, y de olvido de la historia, se consuma para Benjamin la catástrofe. Esa figura que percibe progreso intelectual donde finalmente se incuba la real barbarie, es el dato de la catástrofe.

La figura del escucha

Decía al principio que iba a trabajar la figura del escucha, como camino para señalar la marca más importante que dejó el pensamiento de Walter Benjamín en la Argentina contemporánea. Entendiendo que desde tal figura del escucha (invisible pero presente en el teorizar de Benjamín) su marca crítica es de otra índole totalmente distinta a los actuales organigramas de citación culturalista de Benjamín, y remiten en cambio, aunque brumosamente, a las luces, sombras o graznidos de una época como la Argentina asolada e indispuesta con su memoria, víctimas y catástrofes.

En este sentido, el “éxito” de Benjamín en la Argentina, es propicio para repensar la fecunda tensión que subyace, en la hermética benjaminiana, entre lo que llamaría *teología del escucha* (donde se refugia su crítica a la noción de historia, memoria, lenguaje y pasado) y el teorizar “*las imágenes que relampaguean*” (donde el protagonismo lo asume la dialéctica de la visión, lo escénico metropolitano, sus ideas sobre arte, cine y tecnología)

Desde un interpretar profano como única vía de reencuentro con la teología judía en plena arena crítica de la modernidad, para Benjamín la palabra, el lenguaje verbal, es la llave que irrumpe contra el monólogo de los vencedores y busca cumplir la esperanza de las víctimas. La palabra lo lleva a la memoria, a la historia, a lo “a salvar”: al escucha, como figura que se construye en el narrar el estado de las cosas lejanas o pretéritas.

Situándonos en esta dimensión problemática del lenguaje, es interesante incorporar el planteo reflexivo con que el teórico italiano Massimo Cacciari también arriba a la figura del escucha en su interpretación de la obra del poeta judío egipcio Edmond Jabès. Cacciari señala inicialmente que el tema de memoria, historia y tradición constituyen *un camino otro* de la palabra poética, filosófica o teórica, punto de intersección donde creo que también se inscribe, desde circunstancias y trabajos diferentes, lo más decisivo de la obra de Benjamín.

En el ensayo de Cacciari sobre Jabès (también en la “Tesis” de Benjamín) es lo teológico lo que preside la idea de una cadena de interpretación vencida en la historia – legado crítico sustancial - sin que tal escritura interpretativa acceda nunca a un “*fundamento sosegado*” (2), a una explicación exhaustiva de su conocer. Esto explica la Torá: el mandato divino fue que la infinita interpretación no “*produzca*”, “*repita*” ni cristalice un indagar, sino que recorra en cambio la experiencia de “*lo in-audito*”: de una permanente “*puesta en peligro*”

del propio texto interpretativo. Texto que jamás deba pensarse posible de integrar, acabar o ser definitivamente conducente, sino convertirse en un itinerario de “escrituras” tenidas como *“sembrados de errores”*, solo posible de salvar en términos de trozos y fragmentos que nos vuelvan a la historia muerta que no deja de morir. Como expresa Edmond Jabès: *“Estarás siempre a destiempo en la lectura del libro...ese es el desciframiento”*.

Para Cacciari ese es el sentido “trágico” de la memoria y la esperanza teológica *“tratando de descifrar el tiempo”* en el tiempo. Y en ese modo lingüístico de ser de la crítica humana al mundo caído, aparece la figura del escucha en las coordenadas de un paisaje primordial, el desierto. Comarca plausible de situar como la oposición extrema a la civilización de la metrópolis. El escucha es el constituido, al constituir su propia audición, la palabra. Dice Cacciari: *“La palabra en el desierto no crea propiamente imágenes, sino que es palabra que escucha, palabra escucha...el oído constituye a lo largo del Libro la dimensión de la revelación...la palabra solo es verdaderamente pronunciada en el escucha. La tendencia de nuestra época se orienta en dirección opuesta”*: traduce, rearma, ordena y constituye el pensar *“sometido a la prueba del ver”*. El escucha sería esa figura que rememora en la metrópolis la ausencia del desierto, que rememora ese territorio callado y abierto que permite que la manifestación tenga lugar como imago. Para Cacciari, ese silencio previo a la palabra, ese desierto que habilita, ese silencio que permite el lenguaje, *“es el verdadero ícono”*, su natalicio.

El escucha del narrar

En la figura del que escucha, de aquel que hospeda el contar del narrador, Benjamin fija el lugar y el tiempo del relato de la historia, de los usos de la memoria, de la construcción de la experiencia. En definitiva, fija la posibilidad del lenguaje para escrutar una época contra el olvido. Para Benjamín el narrador está siempre más distante que nuestro propio cálculo de visibilidad. Exige el acto de nuestra visión, la búsqueda de su imagen generalmente indiscernible, escuchada. Nombrarlo sin embargo es alejarlo, situarlo siempre un poco más allá de las imágenes. Nombrarlo es primordializar su evidencia. El relato es como un índice originario que establece la memoria. (3)

Los rasgos del narrador son siempre una presencia previa de la palabra, de la escritura. Recién después su rostro aparecerá en la piedra, dice Benjamín: será imagen. En esa escena arcaica, el escucha es la contraparte del narrador. De un narrador en extinción, según Benjamín, extinción tecnocivilizatoria donde cesarían las historias, lo proveniente, lo acontecido, el pasado en el presente. El escucha es entonces la última figura que espera al narrador, que permite su escena: que se constituye bajo la amenaza del fin de la transmisión y del testimonio de una sabiduría.

El escucha es el depositario de una narración sobre un tiempo que va quedando fatalmente distante, extraviado. Un tiempo naufragado, ido, que solo la violencia del lenguaje desvía de su curso de olvido para traerlo críticamente a presente. Para volverlo a tierra de los hombres vivos, para la rememoración. El escucha solo escucha: dibuja esa extraño arco que para Benjamín atraviesa el cielo de la promesa, y donde - desde la figura del escucha - una historia vaciada y homogénea se quiebra y hace saltar el sentido de una época. Y de esta época, el significado de una vida. Y de esta vida, el secreto de una obra, de un relato: de un narrar que repone aquella inicial historia perdida.(4)

Así como las generaciones pasadas nos aseguran de que “*somos esperados*” en la tierra, también para Benjamín el escucha sería esa marca, esa presencia, ese testigo de silencio, de límites difusos, que “*aguarda que la historia sea contada*”, se verifique como verdad en algún momento sustraída, como sabiduría a salvar, como relatos, memoria. Es decir, el escucha es la figura que se asume guardar, cobijar el misterio o el doloroso secreto de una época destrozada. El que hospeda la iluminación trágica de sus fragmentos. El escucha encadena ese arco que va desde la amnesia histórica hacia una escritura, y desde esa escritura hacia la historia recobrada. El escucha permite esa trayectoria de discontinuidades, interrupciones y suspensiones que resisten a las políticas dominantes sobre la historia. No se trata según Benjamín de una operatoria de transmisión terminológica, de un calculismo teórico, de una traducción sistematizada de análisis. Se trata de una forma de existencia en el lenguaje, de una historia del narrar.

Desierto y palabra

De tal manera la imagen que relampaguea en un instante de peligro, en realidad se abre curso desde un duelo primordial entre desierto y palabra. Entre silencio y lenguaje. Entre narrador y escucha. Entre olvido y memoria, tensión esta última que devela una historia. Narrador y escucha conformarían una escritura contrahistórica, la escritura del fracaso, según Benjamín. Esto es, de la memoria de las víctimas, oprimidos, muertos, vencidos. Escritura del fracaso, que sería lo contrario a una escritura sobre el fracaso, y que impediría el cumplimiento del fracaso.

Desde esta perspectiva la escena de narrador y escucha construye el basamento del indagar benjaminiano sobre el mito en lo moderno. Desierto/palabra es lo que habilita originariamente ese otro mundo del lenguaje de las imágenes que liberarán la posibilidad de una teoría. Sobre ese fondo del desierto y el escucha, del nombre y el oír, del nombrar y el escuchar, cobra cuerpo la visión, la imaginación, la teoría crítica en Benjamín.

Puede decirse que la figura del escucha, como subsuelo de la escritura benjaminiana, es la silueta que da cuenta de la memoria de la barbarie. Es la silueta transida por el ángel de la historia contemplando todo lo acontecido. El paraje del desierto que lo contiene nos indica la situación también de esa otra figura en sus antípodas, la del sujeto de la metrópolis, según Benjamín “cuerpo destruido”, alma “sin huellas”, carente de “energía emocional”, sujeto de la experiencia empobrecida, lengua muda, que saluda y celebra nietzscheanamente como la gente frente a Zaratustra, haberse librado del pasado, de la historia, de su propia habla, de su identidad.

En la invisible figura del escucha que tensa sus textos fundamentales, Benjamín repone la política sobre la historia, el papel del pasado para cada presente, la posibilidad de que la memoria individual sea salvada por una memoria colectiva redentora. En este sentido, el escucha es el testigo que teje callado el tapiz de la época. El que encontraría, según Benjamín, no notificación, comunicación, información, instrumental académico, sino su propia biografía en los relatos que le aguardan.

El escucha es aquel que desde la memoria de las cosas es revelado, llevado a experiencia: el que busca entender en la particularidad de su mundo, los mundos extinguidos de víctimas y

victimarios que destinan, y descifrar de tal modo como dice Benjamín en su trabajo sobre el fascismo y el nazismo, “*la actualidad de la amenaza*” (5). Por lo tanto, la invisible figura del escucha caracteriza la nueva condición del mundo moderno capitalista: le quita a la época de la modernidad capitalista sus “circunstancias excepcionales, catastróficas”, para transformar tal barbarie en su permanente modo de ser. El escucha anticipa y anuncia a esa humanidad que “*se prepara para sobrevivir incluso...de la cultura...aunque esto suene algo bárbaro*”, dice Benjamin en el texto donde plantea la muerte de los relatos, el mutismo del narrador, la experiencia de lo incomunicable al escucha (6).

Esto significa que en la barbarie “suenan”, se oye, se escucha cultura. Es decir, de algún modo la figura del escucha - como testigo en la cadena rememorante y de transmisión - rebasa y traspasa las tantas veces mencionada definición de Benjamín en cuanto a que “*no existe un documento de la cultura que no sea a la vez de la barbarie*” (7). Desde su ser depositario, memoria no instrumental, el escucha nos dice ahora la índole actualizada e invertida de esta evidencia: que no existiría documento de barbarie, es decir documento de mundo, que no se revista en su contracara con el rostro anestesiante de cultura.

Barbarie y memoria en la Argentina

Retomando lo dicho al principio de este trabajo, el encuentro más profundo y difícil de exponer entre Benjamín y la encrucijada argentina post-revolucionaria, post guerra social y post terror militar genocida, asume sobre todo la figura del escucha. Quiero decir, se instituye en tanto tarea crítico-intelectual de vencer las opacidades, velos y políticas dominantes sobre la historia en una sociedad, para regresarle a dicha sociedad otra narración de si misma, otro oír la memoria de la violencia, de la víctima, de los campos de concentración, de la muerte, de la barbarie acontecida, y que en la no elaboración de dicho pasado no cesa de acontecer (8).

El trabajo teórico de Benjamín en el plano de la crítica a la trasmisión de la historia, (trasmisión que implica la escena de un narrar y un escuchar a contrapelo de las versiones dominantes), ayudó a reabrir otro modo de abordaje del pasado contra las políticas que pretendieron legitimar formas de olvido, cancelar la memoria, instrumentar el genocidio.

La figura del escucha en la Argentina apuntaría por lo tanto a un oír distinto. A otro oír el desencuentro entre memoria y sociedad, entre lenguaje crítico y mundo, un oír que se planteó como un puente entre pasado y presente y presidió lo medular de un mensaje diseminado en la obra de Walter Benjamín, permitiendo diferentes tomas de conciencia crítica:

- **El pasado.** El tiempo siempre reabierto que nos resignifica es el pasado, (en sus versiones, derrotas, ocultamientos, falsedades)
- **Una filosofía renovada.** El asombro frente a que la barbarie “todavía ocurra” es antifilosófico, por lo cual el cuestionamiento a ese asombro reinaugura la necesidad de otro tiempo del pensar filosófico de las izquierdas, (como crítica contra sus propias representaciones del mundo, formas de lenguajes de enfoque histórico).
- **Crítica a las vanguardias.** La necesidad de pensar a la víctima de las opresiones en una nueva circunstancia de época: como memoria histórica padecida, y sin proyecto de transformación de la historia (no ya el futuro redefiniendo al pasado, sino el pasado redimiendo la idea de futuro)
- **Lectura a contrapelo.** La interpretación de la historia implica un momento de crítica destructiva, o pasaje del cepillo del historiador crítico a contrapelo. Esta tarea a contrapelo no hace inventario del botín cultural dominante, sino que repiensa la historia de la esperanza como un pasado que se aleja y amenaza con extinguirse y ser olvidado, como una constelación en peligro.
- **La transmisión de una memoria.** El tiempo fuerte para pensar lo histórico es el tiempo muerto, de la muerte, de la memoria de la muerte. Un momento trágico sublime de la historia. Salvar el pasado significa salvarlo de un determinado modo de transmisión.

1.- Schlegel, Fridrich, *Sobre el estudio de la poesía griega*, Editorial Akal, Madrid, 1996

2.- Cacciari, Massimo, *Edmond Jabès en el judaísmo contemporáneo: una huella*, y la citas que siguen, revista “Confines”, Nº 2, noviembre 1995, Buenos Aires.

- 3.- Benjamín, Walter, *El narrador*, en libro “Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV”, Editorial Taurus, Madrid, 1991.
- 4.- Benjamín, Walter, *Sobre el concepto de historia*, en libro “La dialéctica en suspenso”, Editorial Arcis-Lom, Santiago de Chile, 1996
- 5.- Benjamín, Walter, *Teorías del fascismo alemán*, en libro “Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV”, Editorial Taurus, Madrid, 1991.
- 6.- Benjamín, Walter, *Experiencia y pobreza*, en libro “Para una crítica de la violencia”, Ediciones La nave de los locos, México 1982.
- 7.- Ibidem (4).
- 8.- A su vez de este combate contra políticas de la historia, también el escucha busca deslindarse en este sentido de la simple “comunicación”, “difusión”, institucionalización del recuerdo, museificación del terror, es decir, diferenciarse de la actual *estetización (es decir, cultura anidando en la barbarie)* que desde el mercado cultural y la massmediatización académica permanentemente impregna y tiñe toda genuina actividad de crítica político intelectual indagadora.